

blico me quiere, yo no tengo la culpa.

—¿Qué es lo que vas a hacer ahora? ¿Pagar?

—Jamás. Si pagara una vez, ¿cómo impedir que repitieran la amenaza? Lo único que cabe hacer es enfrentarse con ellos.

—Pero, ¿has pensado en lo vulnerable que eres? Actúas ante grandes masas y todo sistema de custodia es ineficaz.

—Y creo que si saben que no han de obtener de mí un solo dólar desistirán en su empeño de matarme, ya que correrían un riesgo inútil. No habrían ganado nada con mi muerte.

—He visto muchos guardias

de corps por ahí fuera. ¿Cuántos has contratado para protegerte?

—Yo no llevo personalmente este asunto, pero creo que son alrededor de cincuenta.

—Debe costarte una fortuna.

—Alrededor de medio millón de dólares al mes.

—Y no temes que sean tus propios gorilas los que organicen el golpe.

—No, confío en ellos. Nos han sido facilitados por una agencia especializada que los ha sometido a diversos tests para calibrar su grado de fidelidad. Sólo los que daban como resultado Alta Fidelidad nos eran propuestos.

—Todo ello te lleva a vivir



como un prisionero. ¿No preferirías ser un chico sin un dólar, pero sin complicaciones?

—Aquí dispongo de todo para gozar de mi libertad. No necesito correr por la calle para sentirme más libre. Me siento libre así, pudiendo cantar, pudiendo registrar en mi estudio personal, tomar el sol o bañarme en mi piscina.

—La ausencia de amor, ¿no pesa en tu vida, David?

—No acostumbro a hablar con los periodistas de mi vida privada — me dice de repente.

—¿Tienes vida privada, David?

—¿Y todo eso? —me dice, asombrado, señalando la casa en que nos encontramos, soberbia mansión por cierto.

—Todo eso es tu casa, ya lo sé. Pero está lleno de gorilas con metralletas y para entrar en ella hay que hacerlo con los brazos en alto. Ese es tu estudio de grabación tu casa para recibir... Das la impresión de que tu vida profesional te ha devorado, David.

—Mira, cada año tengo un